

grandes antes de Carlos V ni los hubo ni podía haberlos. Este nuestro César confirió las grandezas que seguidamente se especifican: dos a la Casa de Acuña, en el marqués de Villena y duque de Escalona, de apellido Pacheco, y en el conde de Ureña; dos a la Casa de Aragón, en el duque de Segorbe y en el de Villahermosa; uno a la de Borja, en el duque de Gandía; uno a la de Cardona o Folch de Cardona, en el duque de Cardona; uno a la de Castro, en el conde de Lemos; uno a la de La Cerca, en el duque de Medinaceli; dos a la de Córdoba, en el marqués de Priego y en el conde de Cabra; uno a la de La Cueva, en el duque de Alburquerque; uno a la de Enríquez, en el almirante de Castilla conde de Melgar; uno a la de Guzmán, en el duque de Medinasidonia; uno a la de Manrique, en el marqués de Aguilar de Campóo y duque de Nájera; uno a la de Mendoza, en el duque del Infantado; uno a la de Navarra, en el condestable conde de Lerín; uno a la de Ossorio, en el marqués de Astorga; uno a la de Pimentel, en el conde duque de Benavente; uno a la de Ponce de León, en el duque de Arcos; uno a la de Sandoval, en el marqués de Denia; uno a la de Toledo, en el duque de Alba; uno a la de Velasco, en el condestable de Castilla, duque de Frías; dos a la de Zúñiga, en el duque de Béjar y el conde de Miranda, o sea, veinticinco grandezas en veinte familias, en 1520.

Admita el historiador quien a esta fecha ha sorprendido que le mostremos datos y razones que Salazar y Castro y Fernández de Bethencourt nos han legado a todos. ¿Son inapelables? Con la pragmática de Carlos V responden los genealogistas que sí. A sus grandezas, aunque subrogadas en algunos casos en otras, es muy fácil seguir las el rastro. Las más han dejado en la Historia surco y estela. En los fastos de la nación, esas casas dieron grandes protagonistas. Sus árboles genealógicos reverdecen todavía y nos siguen dando su sombra y su rumor. Se nos dirá que a la ciencia del blasón y de las generaciones preferimos nosotros la poesía. A veces, sí, y creemos que ese trompo de música a quien Dios da cuerda, ese atorrante que nos regala una canción para cada una de las cuatro estaciones, nos hace un gran presente. Pero hay tiempo de todo y tiempo de amar, porque si el espíritu no es avidez, no es espíritu; tiempo de amar el saber de la genealogía y de la heráldica.

Algún domingo nos hemos acercado, después de la misa en la iglesia de monjes benedictinos de Montserrat, al mausoleo de don Luis de Salazar y Castro, comendador de Zorita. Este, nos decimos, aunque sus disciplinas no nos sean muy accesibles; éste, que es de otro linaje, de otra vocación y de otros gustos que aquellos a los que nos debemos, es a su modo un gran señor de las letras. ¡Es de los nuestros!



*Don Juan Manuel Fernández Pacheco VIII. Marqués de Villena*



*Un marqués de Villena y un conde de Lemos*